

Copyright, 1884, by International Tract Soc.
110

Mofan al Salvador.

“El soportó con la mayor mansedumbre y dignidad los mas degradantes insultos y ultrajes.”

Ante Herodes.



SIN tardanza, Jesús fué arrastrado al tribunal de Herodes. Este nunca antes había llegado á ver á Jesús, aunque hacia mucho que deseaba verle y presenciar alguna manifestación de su maravilloso poder. Cuando el Salvador fué llevado á su presencia, la turba surgía en su deredor, oprimiéndole y vociferando. Herodes ordenó el silencio, pues deseaba interrogar al prisionero.

Con curiosidad y algo de lástima contempló el pálido semblante de Cristo, encontrando en él las señales de profunda sabiduría y admirable pureza. Asi como Pilato, quedó convencido que la envidia y malicia de los Judíos eran la única causa de sus acusaciones contra él.

Herodes instó á Jesús que hiciera alguno de sus grandes milagros ante él, prometiendole la libertad si le complacía. Hizo que trajeran de la calle á algunos tullidos y cojos y en tono de autoridad mandó á Jesús que los curara. Pero el Salvador permanecía ante Herodes como quien ni vé ni oye.

El hijo de Dios había tomado sobre sí la naturaleza del hombre y tenía que hacer lo que el hombre debe hacer en circunstancias análogas. Por tanto no podía efectuar un milagro para satisfacer la vana curiosidad, ó para evitarse el dolor y la humillación que un simple hombre, colocado en su lugar, hubiera tenido que soportar.

En un período anterior faltó poco para que Herodes se hiciese discípulo de Juan el Bautista; pero dejó de atender á las amonestaciones del profeta y continuó en una vida desarreglada y pecaminosa. Llegó la ocasión en que tuvo que mandar matar á Juan, cuya cabeza fué llevada á su perversa esposa.

Al principio cuando Herodes oyó hablar de Jesús y de sus maravillosas obras, se llenó de terror, y dijo:

“Éste es Juan el Bautista; él ha resucitado de entre los muertos; y por eso poderes milagrosos obran en él.”¹

Pero ya ahora su corazón se había endurecido al grado de que hacía alarde del castigo que había dado á Juan por haber osado reprenderle. Todo esto contribuyó á que Jesús no le contestara ni con una mirada.

Cristo había estado siempre pronto á escuchar la ferviente súplica aun del peor pecador, pero no dió atención al mandato de Herodes.

Esos ojos que siempre contemplaron con piedad y perdón al pecador arrepentido por mas bajo y miserable que fuera, no tuvieron siquiera una mirada para Herodes

¹ Mateo 14: 2.

Esos labios, que pronunciaban preciosas palabras de instrucción y que siempre habían estado dispuestos á responder á las preguntas de aquellos que buscaban la sabiduría, y á dar consuelo y perdón á las almas que estaban sin esperanza por sus pecados, no tuvieron ni una palabra que dirigir para el orgulloso y cruel Herodes.

Ese corazón, siempre conmovido en presencia del sufrimiento humano, permaneció frio tocante al altivo rey que consideraba no tener necesidad de un Salvador.

Herodes no pudo soportar el silencio de Jesús. Su rostro se demudó de furor y prorrumpió en amenazas contra el Salvador, quien permaneció tranquilo y silencioso.

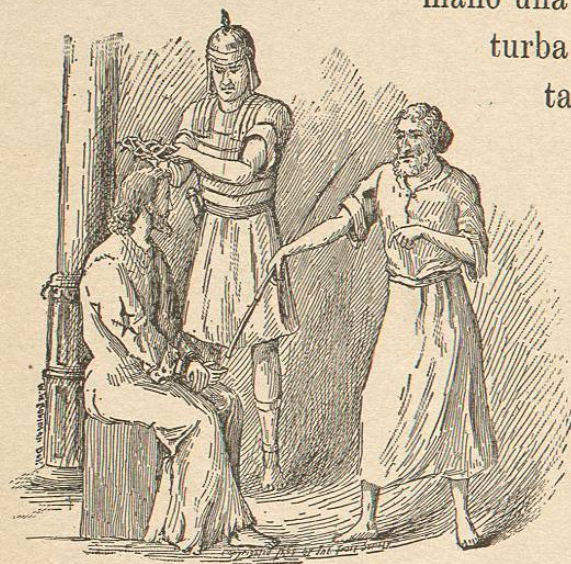
En su enojo, Herodes volteando hacia el pueblo tachó á Jesús de impostor. Pero ellos bien sabían que no lo era; pues aun sus acusadores habían presenciado muchas de sus grandes obras.

El terror se había apoderado de ellos cuando Herodes pidió á Cristo que hiciera un milagro. Mas que cualquiera otra cosa temían una manifestación de su poder divino, pues en aquella hora frustraría sus designios y aun tal vez les ocasionaría la muerte. Por esto clamaron que Jesús efectuaba sus milagros por el poder que Beelzebub, príncipe de los demonios, le daba.

Alguien gritó que él se había declarado ser Hijo de Dios y Rey de Israel. Cuando Herodes lo oyó, dijo “¡Hola! ¿con que es rey? Entónces corónenle y pónganle un manto real, ¡y adorad a vuestro rey!”

Por la idea de Herodes, hicieron una corona de ramas de una planta trepadora que tenía espinas agudas, y la colocaron sobre la cabeza de Jesús, á quien también le pusieron un viejo manto de púrpura, que había sido usado por el rey.

Luego sentaron á Jesús sobre un gran trozo de piedra, que por burla llamaron su trono, y pusieron en su mano una caña por cetro. La



turba brutal, entre risotadas satánicas, le saludó como rey. De vez en cuando alguna mano inícuca le arrebató la caña, y con ella golpeaba su cabeza, haciendo que las espinas penetraran su frente y que la

sangre corriera por su cara hasta la barba.

Satanás inducía á aquel pueblo cruel á afrontar al Salvador. Su objeto era provocarle á la venganza, y si fuese posible, obligarle á hacer un milagro para libertarse, interrumpiendo así el plan de la salvación.

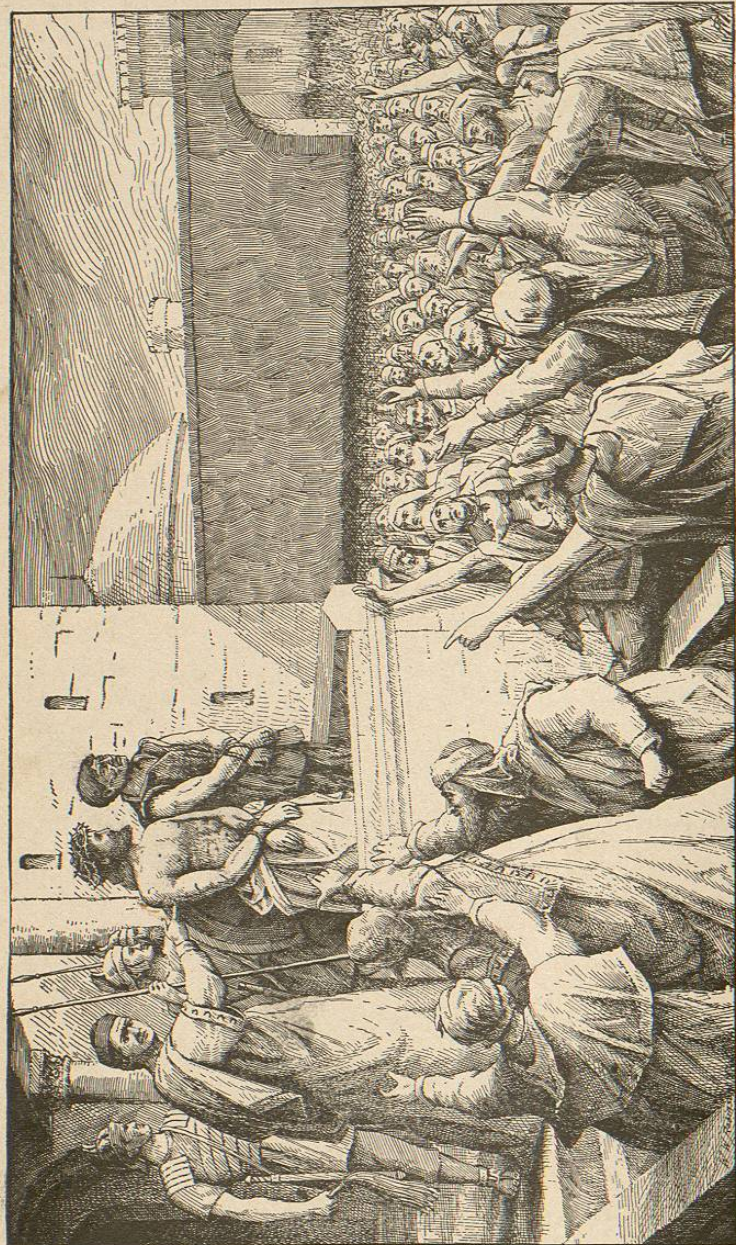
Con una sola mancha que hubiese habido en su vida humana; una sola falta de paciencia en soportar aquella prueba terrible — hubiera bastado para hacer del Corde-

ro de Dios una ofrenda imperfecta y para impedir la redención del hombre.

Pero Aquel que con su mandato podía llamar a su auxilio á las huestes celestiales — que con una sola mirada de su divinidad podía haber puesto en precipitada fuga á aquella muchedumbre, llenandola de terror — soportó con la mayor mansedumbre y dignidad los más degradantes insultos y ultrajes.

Cuando Herodes vió que Jesús sufría todo con silenciosa resignación, un súbito temor se apoderó de él y le hizo pensar que Aquel no era un hombre como cualquiera. Comenzó á dudar si Aquel prisionero no sería algún Dios que había descendido á la tierra.

Herodes no se atrevió á ratificar la sentencia del tribunal de los Judíos; y para relevarse de la responsabilidad envió á Jesús otra vez con Pilato.



Cristo ó Barrabás.

“¡ Qúitate á éste, mas suéltanos á Barrabás !”

116

Sentenciado por Pilato.



CUANDO los Judíos volvieron de ver á Herodes, llevando á Jesús otra vez á Pilato, este se disgustó mucho y les preguntó qué era lo que querían que hiciera. Les recordó que ya había examinado á Jesús y no había encontrado en él culpa alguna. Les dijo que de los cargos que ellos habían presentado en su contra no habían podido comprobar ninguno. Y

aun mas, que, aunque le habían llevado ante Herodes, que era Judío como ellos mismos, este tampoco no encontró en él nada digno de muerte. Pero para apaciguar á los acusadores, les dijo :

“ Le castigaré pues, y le soltaré.”¹

En esto mostró Pilato la debilidad de su carácter. Había admitido que Cristo era inocente ; entonces ¿ porqué había de castigarle ? Esto era transigir con el mal. Los Judíos no dejaron de sacar partido de esto. Habían logrado intimidar al Gobernador Romano y siguieron la ventaja así obtenida hasta conseguir la condenación de Jesús.

¹ Lucas 23 : 16.